



LA IMAGEN DE JESUCRISTO.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

Profundo, aterrador, misterioso y vago como la idea de Dios, pantheista en el fondo y en la forma, el arte oriental; metódico, regular, acompañado en ambas cosas y puramente individual y humano el arte griego; habían sido los artes de la inteligencia; los artes del hombre científico, del hombre artista, del hombre social y público; artes de cabeza, de imaginación, de idea, de fantasía caprichosa; pero no artes de corazón, de sentimiento, de afecto, de vida íntima, secreta y misteriosa; artes en las cuales se verificaba aquella celebre máxima de un moralista francés, de Labruyère, que *l'esprit est souvent la dupe du cœur*.

El arte antiguo era pues incompleto, imperfecto: había constantemente prescindido de uno de los dos elementos constitutivos de nuestra individualidad. Había prescindido del corazón. Y como el amor es la más lógica, la más eficaz y á la par la más bella manifestación del corazón, había prescindido del amor, y su particular del amor á la mujer. Porque ese amor puro, sentimental y elevado de que nos habla el divino Platon, le había sucedido lo mismo, igual, que al sábio rey Alfonso X, y al místico filósofo Mallebranche, que por ausentarse demasiado de la tierra se habían perdido en el cielo. Lo primero, lo más esencial que debía hacer el arte moderno era completar el antiguo, llenar el grande, el inmenso vacío dejada por este en el mundo del sentimiento.

Parecía que sobre este arte había caído la maldición, el anatema que Dios lanzó sobre la primera mujer, sobre Eva pecadora, cuando la dijo: «Estarás sujeta al hombre y le obedecerás cuando te manda...»

La griega Elena, bella también y también culpable, había sido como la primera mujer, origen fecundo de males. El género humano había perdido su inmortalidad á causa de Eva: la Grecia había softe-

nido por causa de Elena una larga guerra de diez años. La mujer debía pues al hombre una reparación, porque el equilibrio debía restablecerse en el mundo moral como se restablece en el físico. La mujer debía ser castigada, hallarse sujeta al hombre, y ser su misera esclava ya que no había sabido sostener su dignidad de reina, vendiéndola á un loco caprichoso, á una extravagante fantasía. Consumada ya la espacion durante cuatro mil años, se hacia justo y necesario que la mujer saliese de la línea de inferioridad en que se hallaba con respecto al hombre y se colocase á igual, á idéntica altura. El arte cristiano principia en el Calvario, cuando el Redentor del hombre antes de entregar su alma á Dios, se dirige á una mujer, á su propia Madre, cuya grande, cuya imponente figura en este sangriento drama de la redención humana es eminentemente simbólica, y le dice señalando á un hombre, á su discípulo: «ahí tenéis á vuestro hijo.» Este hijo era el género humano. Aquí desaparece el anatema lanzado sobre la mujer pecadora en el paraíso terrestre. Recordemos ahora que cinco siglos antes, un gran poeta dramático de la antigüedad, Esquilo, negaba públicamente á la mujer, en medio del teatro griego, á la clara luz del sol, cuanto cabe en la imaginación humana pueda negárselo. La cualidad de ser madre, la virtud de crear. Esquilo decía en sus Eumérides: «La madre no es creadora del que llaman hijo suyo, sino nutriz del gérmen vertido en su seno, etc., etc.» Esa es la mujer antigua. Un ser despreciado, envilecido, un ser sobre cuya frente se estampaba indeleble la señal del oprobio, es el sello de la degradación y de la afrenta. La mujer es un objeto cualquiera, un juguete de bazar, un mueble de lujo. Decidme ahora: ¿qué lazo misterioso, qué vínculo de pura, de noble y santa union puede establecerse entre un amo y una esclava, entre el que manda como tirano y la que obedece como sierva? Yo os responderé: ese lazo, ese vínculo que se establecerá, será el de la pasión sensual, el del placer tirano, el de la sumision ciega, de la obediencia pasiva. Preguntad al sultan de Constantinopla, al amo del serrallo, cuál es el amor que tiene á sus mujeres. Os contestará como hubiera podido contestaros Pedro el Cruel de Castilla y Enrique VIII de Inglaterra, señalando con el dedo el número de cabezas de mujeres que tapizan sagrientas las murallas de su palacio.

Este es el amor oriental, antiguo y moderno; este es el amor griego, el amor romano. Pero ya lo hemos dicho. El amor verdadero, el amor cristiano, es el producto más natural, el sentimiento más espontáneo, más bello, más grande, más sublime del corazón del hombre, éngel caído que se acuerda del cielo, chispa destinada del hogar divino, como dice Lamartine. *Nobis dies est su regnum*, etc. No existiendo este verdadero amor en el arte antiguo, no hallándolo ni en el terreno moral ni religioso, ni en el filosófico ni científico, no podía ser un arte completo, cabal, dotado de todo el lleno de condiciones que ahora tiene. Se hacía por lo tanto indispensable que á este arte siguiese otro, con lo que el cristiano, y cuya misión debía ser altamente reparadora. Como el cristianismo cumple con la misión que le trae al mundo de introducir un elemento en el arte antes desconocido, el elemento moral convertido en elemento erótico, en la parte puramente poética de arte, ó sea en la literatura, es cosa que nos toca examinar en el presente artículo.

La primera que en el orden cronológico de las literaturas aparece en el mundo moderno son elementos nuevos debidos al cristianismo, es la provenzal. Pero el arte que representó y simbolizó esta literatura moderna, llena acaso el espantoso vacío que ya hemos dicho fue dejado en el terreno del sentimiento por el arte antiguo, ya oriental, ya greco-romano? No, de ningún modo. Mas bien sucede lo contrario. El arte provenzal, en su manifestación como poesía lírica, manifestación parcial, pero que domina y sobrepasa á las demás, y parece comprenderlas todas, no llena como debiera este vacío. Entre el amor griego, tal como le celebran sus poetas y poetisas, y el amor provenzal de los juglares y trovadores, no existe diferencia alguna de género ni especie, de fondo ni de forma. Siempre es el mismo amor sensual, erótico; producto más ó menos intenso del organismo del hombre con sus movimientos apasionados y bruscos, sus acciones vehementes, su brío destructor, sus resultados fecundos en trágicas aventuras. Y sin embargo no es este el amor en el arte cristiano. El arte, como la ciencia, tiene su misión que cumple en la tierra, siempre civilizadora, siempre benéfica, saludable, provechosa. Todo cuanto el hombre ejecuta, todo cuanto dimana de la triple actividad intelectual, moral y física con que Dios le ha dotado, tiene ó no fin; á la idea de utilidad social en el terreno de la inteligencia y del corazón; es decir, en el terreno del arte. Y el provenzal en su manifestación lírico-erótica no debió romper esa continuidad de acciones, esa idea de unidad, de progreso, salvando la distancia del tiempo y colocándose al lado del arte griego. No debía haber visto en el amor un sentimiento, ó mejor dicho, una sensación carnal, y en la mujer un medio de satisfacción, haciendo mil pedazos la copa del festín después de saboreado el licor.

El arte provenzal pues, lejos de seguir la anchurosa senda que el cristianismo le trazara para llevar á cabo su digna misión, su misión altamente reparadora y fecunda, tomó el camino de lo pasado, quiso borrar la distancia del tiempo y colocarse al lado de artes cuyo origen, cuyas aspiraciones, cuyos elementos de fondo y de forma eran enteros y radicalmente opuestos á los suyos. El arte provenzal, al vaciar el elemento erótico en el mismo molde en que el arte greco-romano lo había vaciado, desconocía sus antecedentes, su historia, su objeto distinto del de aquel arte, la transformación obrada por el cristianismo desconocía, en una palabra, su pasado, su presente y su porvenir. Y ya desconocía renegando de ello y á sabiendas; porque el arte provenzal nace en el siglo XI en plena edad media, cuando asentadas ya hace cinco siglos las sociedades de Europa sobre sus nuevas bases, han tomado tiempo de reconstruirse, de formarse una vida propia, original, espontánea, no parecida en manera alguna á la vida de las anteriores sociedades: vida para la cual han debido recoger y recoger en efecto los nuevos elementos que en su seno introdujera el cristianismo. La crítica severa condena por lo tanto el arte provenzal: le declara culpable, digno de censura, merecedor de un grande, de un ejemplar castigo, y que no se hizo mucho tiempo esperar. Este arte murió, se sumió en profundas tinieblas después de haber cabalgado efímeros, accidentales, aparentes destellos de histórica luz.

¿Cómo y por qué causas el arte provenzal prestinde de los nuevos elementos constitutivos que la sociedad en medio de la cual nace, crece, se desarrolla y muere, sociedad nueva también, ha traído; cómo los aleja y desecha, y aun se opone á ellos; cómo contando con sus propias fuerzas, con su inspiración subjetiva é individual, y casi siempre caprichosa y fantástica, crece á merced de circunstancias locales, de relaciones puramente necesarias ó indiferentes; cómo este desarrollo precariedad, caprichosa y estragante, hecho sin conciencia ni estudio, le lleva finalmente, le precipita en la inmensa serie de defectos y vicios que él está destinado á combatir; cómo se pone este arte en ridículo, en incomprensible discordia con el arte que representa y simboliza la edad media, y se queda solo, aislado, en su reino de ser; y cómo en fin, siendo destinado á llegar hasta nosotros al través del tiempo y del espacio, como los demás artes que é manerá de emanaciones y consecuencias del arte cristiano se tras-

miten envueltos en las literaturas de Europa, muere en su temprana edad, y muere por consunción, por falta, falta de fecunda savia, de bienhechora sustancia; cómo esta serie de fenómenos, de anomalías literarias, que así podemos llamarlas, se verifican y suceden, es lo que vamos á procurar espouar.

En el mediodía de la Francia existe un país cuyas riberas bañan por un lado las aguas del Mediterráneo, que por otro separan de la Italia elevadas cadenas de montañas cubiertas de perpetua nieve, y cuyas frescas brisas sopladas á las del vecino mar, templan el rigor de los rayos de un sol más continuo, que riegan anchos rios, que amenizan escarpados valles y variados collados, y que descubre por doquier bosques, ricas y abundante vegetación. En este país, en que amenan vigías, pintorescos paisajes, deliciosos sitios, accidentales topográficos de todo género, coetan la uniformidad del claro horizonte; en este país, que en los siglos XII y XIII de que hablamos, se nos aparece como ahora sembrado de grandes castillos feudales, cuyas severas formas contrastan con lo espacioso y risueño de otros sitios, cuyo ambiente es puro y embalsamado como el de Grecia, cuyo cielo es constantemente sereno como ese cielo que, cual brillante bóveda, se tiende sobre las playas orientales; en este país, cuyos valles están matizados de olorosas flores y cubiertas de verdor las colinas, y en que todas las manifestaciones de la vida exterior de la naturaleza toman un colorido agradable y simpático; en este delicioso país todo convidaba al placer, á la expansión del ánimo, á los gozos apacibles, al amor, á la esperanza. La Provenza es la Grecia de Francia, como la Italia lo es de Europa. La inmensa serie de variadas bellezas que desarrolló la naturaleza con lujo panorámico, los ojos del hombre, hieren su mente, afectan su corazón, despiertan su admiración y entusiasmo, le arrancan á la limitada esfera de lo material y sensible, y le colocan en un mundo nuevo, ideal, en el dilatado mundo del sentimiento poético, fuente inagotable de esas grandes y sublimes concepciones á quienes damos el nombre de cantos líricos.

Hé qui pues la naturaleza sirviendo en todos tiempos y lugares de inspiradora musa al ingenio poético del hombre: héla aquí ataviada, engalanada, rica de belleza y esplendor, ponerse delante de sus ojos, y cual caqueta doncella que quiere despertar sentimientos de amor, mirarle, sonreírle, hacer alarde de sus irresistibles atractivos, de sus ingenuas gracias, y pretender igualmente despertar en su corazón sentimientos de amor, de alegría, de placer, de ventura. Y el hombre, que no es, que no podrá ser insensible á las gracias de la naturaleza, que corresponde cual cortes caballero á las invitaciones de su dama, empuña la lira del amante, del trovador, la lira de la poesía erótica, y celebra éstas gracias, y las ensalza al compás de melodioso, de inspirados sonidos. Por este motivo la poesía lírica es la primera manifestación poética de la humanidad. Es la expresión natural, sincera, de su reconocimiento, de su gratitud, ofrecida en holocausto al Creador.

En el mundo antiguo la poesía lírica había sido la primera forma poética de la primera literatura que aparece, de la poesía griega. Nécese que habíamos aquí en el terreno puramente profano del arte, pues no nos es permitido ignorar que antes de la griega, mucho antes, nace la poesía hebrea, con esa forma natural y característica que habíamos de señalarle. Por lo demás, quien haya siquiera pasado su atención en la literatura oriental, en las literaturas del Egipto, de la India, de la Siria, de la China y de otras regiones incluidas bajo esta zona, habrá conocido desde luego que la poesía lírica, si bien existe, pues esta poesía lírica es, entre todas las formas poéticas con que el hombre viste su creación, la más sencilla, la más espontánea, la que más que otra cualquiera se halla dentro de las condiciones de su naturaleza: existe empero envuelta en una serie de formas que por punto general calificaremos de filosófico-teológicas. De modo que, y volviendo á la poesía griega, la primera forma que aparece en el terreno profano del arte es la poesía lírica. Olen, Olimpo, Eumorpo, Melampo, Filamon, Taminis, Orfeo, Museo y otros son poetas líricos. Y á la par que poetas, son músicos y cantores. Los dioses y sus símbolos y atributos, sus manifestaciones sensibles, los beneficios que dispensan al hombre, el amor de este hacia ellos, la celebración de los sagrados misterios, los placeres del campo, los gozos del amor, son el tema constante de los cantos de estos poetas; á quienes podemos llamar poetas-tróicos. También los trovadores provenzales cantan los placeres de la naturaleza, las fiestas campesinas, los gozos del amor. Guillermo IX de Aquitania, Bernardo de Ventadour, Bertrand de Born, Arnaldo de Marsail, Rambaldo de Vaqueiras, Pedro Vidal, Arnaldo Daniel, Girardo Riquier, Sordello de Mantua, Causset Fay-dil y otros trovadores menos notables, Marcabru, Pedro de Auvenque, Guillermo de Cabestans ó Cabestany, Hugo Brunet, Cera-Mors, Pedro de Valeyra, Pedro Roger, Guido de Oussel, Hugo de Prades, etc., templan su lira en este género especial de sentimientos lírico-eróticos. En esto hallamos sin duda ciertas semejanzas y analogías generales con la expresión abstracta de ambos artes, del griego y del proven-

tal. Pero en el fondo, en la idea, en muchas de las consecuencias que se desprenden de los principios en que estriben ambos artes, las diferencias y oposiciones son con frecuencia grandes, á veces radicales. Diferencias y oposiciones que no se conciben, que no explican de un modo natural, y que constituyen el gran crimen del arte provenzal, el baldon eterno que sobre él pesa.

En esos líricos cantos de los poetas griegos del primer cielo, con razón llamados por nuestros poetas—teólogos, y fundadores de la religión y teogonía griegas, y entre la multitud de temas que sirven de inspiración á sus cantos, sobresalen constantemente y como ya hemos indicado, el sentimiento religioso, el amor á la divinidad, la tendencia á representarla bajo un aspecto sensible, humano, simpático, para estrechar mas y mas los lazos misteriosos que la unen al hombre, hacerla familiar á su inteligencia, y grata á su corazón. Los cantares mismos que se creen destinados á ejercer una misión santa, elevada, sublime, entre sus semejantes, á ejemplarlos, á hacerlos buenos por medio de la poesía,—que tal es el único fin que tiene esta en la primera edad de los pueblos,—se creen y dicen hijos de los dioses, á pástales, enviados suyos. La poesía lírica está pues basada en el sentimiento religioso. Por lo tanto es una verdad de suyo fecunda la de que el arte principia ejerciendo una misión digna, elevada, civilizadora. ¿Y verificase por ventura tal cosa en el arte provenzal, en ese arte que tiene por representantes á los poetas que acabamos de enumerar? ¿Hallamos acaso en el principio de este arte y como punto de partida, como consecuencia inmediata del arte general cristiano, del cual debe considerarse una emanación, ese sentimiento religioso, profundo y sincero, esa idea constante de la divinidad, que ha de motivar y como resumir sus inspiraciones poéticas? Los poetas griegos cantan á los dioses, llevados de ese sentimiento natural que el hombre tiene de ellos, y fundados en las antiguas y primitivas tradiciones religiosas, que parecían vagar por cima de las montañas de la Tesalia, y cernerse sobre el Olimpo, el Helicon, el Parnaso, el Pindo, á la sombra de cuyas faldas entonaban sus himnos sagrados.

Mas los poetas provenzales ¿qué celebran, qué ensalzan en sus primeros cantos? ¿Dónde vemos en estos cantos ese sentimiento religioso, ese sentimiento eminentemente cristiano de la edad media, de los siglos XI, XII y XIII, que este arte atraviesa en su corta existencia, y que tambien parece carnerse, bello é ideal, sobre la cúpula de nuestras catedrales? Pero no solo este sentimiento no existe, sino que se convierte en el corazón de los poetas provenzales en un sentimiento opuesto, contrario, enemigo; en el sentimiento antireligioso, anticatólico. La suprema dignidad del Papa, elevada por el espíritu religioso de esta edad á inconmensurable altura, ó una altura casi divina, y puesto sobre cuanto existe sobre la tierra grande en gloria y majestad, sobre reyes y emperadores; los inmediatos representantes de esta suprema dignidad en el mundo cristiano, los obispos, príncipes de la Iglesia, tan grandes en autoridad y poder como los príncipes de la tierra; estos mismos reyes y príncipes, cuyo poder absoluto, pero fecundo, elevado, digno y altamente benéfico para las nacionalidades europeas que entonces se constituían, ni siquiera se pone en tela de jaleo: los grandiosos resultados de ese mismo espíritu que domina estos tiempos medios y que redundan en beneficio de la humanidad, cuales son las Cruzadas; otros resultados que reconocen igual causa, y que aun cuando son menos visibles no por eso son menos importantes, ménos trascendentales, ménos fecundos en todo linaje de bienes; las órdenes monásticas; en una palabra, cuantos grandes hechos, cuantas elevadas ideas, constituyen la vida moral é intelectual de esta edad, cuantos elementos civilizadores encierra en su seno, cuanto bueno y provechoso lleva á efecto, aparece manchado, anulado, por los cantos antireligiosos y antisociales de la nueva lírica de los provenzales. En esta ocasión el arte se rebaja y prostituye su dignidad, lo elevado y divino de su misión, y lo sacrifica en aras de un sentimiento mezquino, de una idea pueril, de un ridículo alarde de incredulidad religiosa y moral.

Esta es pues la grande, la inmensa diferencia, la notable oposición que queremos desde luego señalar entre el arte griego y el provenzal.

ANTONIO DE AQUINO.

RECUERDO DEL CARNAVAL.

FANTASÍA.

La vida del corazón es el afecto, como la vida intelectual es el pensamiento. ¿Por qué será menos noble aquella que esta parte de nuestro ser? ¿Por qué se mirará como trivial y poco importante ocupacion la de cultivar aquella planta tierna, que establece la relación del hombre al hombre y la del hombre con la mujer? No hay razon alguna filosófica que lo explique, sino una de sus reflexiones. En la primera, la percepción del sentimiento traducido por la sensación; y en la segunda, una con-

secuencia lógica de la causalidad utilitaria, que subordinando el afecto al cálculo y haciendo del primero un medio y no un fin, un elemento en lugar de un resultado, lo reduce á cómplice del placer ó del bienestar material por medio de la riqueza, y lo despoja de su nobleza innata.

El que conserva pura todavía su alma; cualquiera que anhelé por medio de estas reflexiones los místicos y confusos problemas de la vida íntima, encontrará en su fondo una delección tan pura, tan noble y tan elevada, como la que pueden proporcionar los vuelos de la fantasía ó las elucidaciones del entendimiento. Quien estas líneas escribe ha meditado mucho sobre esta materia, y ha deducido que es preciso el recuerdo de aquella verdad trivial para redimir el corazón humano de su injusta esclavitud, y elevarle á su alta y verdadera esfera de acción, y que tan noble tarea conduce directamente á moralizar la sociedad actual, tocada de ateísmo práctico y afectada lamentablemente de idolatrías. El literato es uno de los cómplices de la filosofía materialista que reina en el siglo presente, y tiene por lo tanto el estrecho deber de rectificar, en cuanto de él dependa, las ideas erróneas, dando á sus trabajos la tinta de la verdad moral y á sus razonamientos la inclinación al bien. Hoy día se lee mas al novelista que al filósofo, y es mas fácil obtener el favor de la publicidad una anécdota curiosa que una historia verdadera. Bien sé que si el novelista ó el literato han de conducir la sociedad á las ideas nobles y elevadas, es preciso que desfracen su intento con los atavíos de la poesía, y que seduzcan con bellos accidentes á sus lectores, no encobrando sus trabajos, como yo lo hago, con reflexiones morales que estan dislocadas en el principio de un artículo que pretende la atención pública. Pero el autor de este humilde trabajo ni ha sido, ni es literato, ni puede engañar sus frases con las flores de su estéril fantasía. Escribe con el modesto objeto de consagrar un recuerdo grato á un objeto digno, sin lastimar de paso la susceptibilidad de nadie en punto á moral y á buenas costumbres. Sin mas preámbulos entro en mi asunto.

Los que creen que una aventura significa el escándalo ó el drama; los que buscan en la literatura un enlace de sucesos interesantes por su novedad ó por el ruido que hacen; los que desean la novedad en el escritor de costumbres y los caracteres de lo misterioso y de lo imprevisto en esta clase de escritos, pueden arrojar el periódico en que aparezcan estos desahogados renglones, pues que no hemos tomado la pluma para referir acontecimientos; sino para retratar, si retratarlo es posible, un accidente especial del corazón humano. El contraste que resulta del choque eléctrico de dos almas, creyente la una hasta el entusiasmo, descreída la otra hasta la frialdad glacial del desencanto y de la delusión. Hé aquí nuestro objeto presentado sin atavíos y sin accesorios, como origen de profundas consideraciones sobre el estado de la sociedad, mas bien que como incentivo de una curiosidad pasajera y como objeto de una lección ajenación. Pretendemos sencillamente que algunos de los que nos lean simpatizen con un corazón mortalmente herido, que solo puede resucitar al contacto de un galbanismo que nuestra alma no ha podido dar, á pesar del fuerte sacudimiento que en la suya produjo un encuentro semejante.

Figúrate una elegante máscara, diseñada de negro, de esteblo talde y fascinadora mirada, pero sobre todo de argentina y melódica voz. Su timbre puro y su correcta y dulce modulación fué la cualidad preeminentemente que auxilió al galán de nuestra historia. El héroe es un jóven de treinta y cinco, de corazón entusiasta y apasionado, que ama en la mujer el tipo que ella solamente puede realizar; la sobreabundancia de vida íntima que rebosa en su pecho. Buscando por doquiera un corazón que se la entregara enteramente, ha consumido sin éxito, en tan árdua tarea seis lustros de su existencia. Es una sensitiva próxima á asfixiarse antes de recortar el perfido natural de su vida, por falta de una atmósfera conveniente á su delicada susceptibilidad. ¿Treinta años y con ilusiones! En efecto no es vulgar. Vedle estático y transportado por aquella voz de sirena que le transforma la razon y le hace sentir nuevas y varias y encontradas impresiones. Pero por un extraño accidente esa fantástica ilusion no durará mas de una noche. Un día después aquella mujer adorable, arrastrada un instante por el fuego de una pasión que da y exige y recibe *en alma*, se desaparece su encanto, y despierta de tan embriagador éxtasis para llorar amargamente la herida mortal que años atrás recibió, y de la cual la reaccion de estas horas de transporte hace brotar sangre todavía. Pero no arrebatemos á la bella el dulce privilegio de retratarse, y respetando la conversacion de aquella noche venturosa, porque los sentimientos tienen tambien su poder, permitámonos describir las dos piezas históricas que terminan este incidente. En dos cartas que se cruzaron entre las dos personas que fueron actores de esta escena. Hélas aquí:

APÓLOLO.

Sólo que mi existencia se había convertido en la de una mariposa de negras alas y cuerpo combustible. En una noche para mi memoria venturosa; para mi corazón de recuerdo triste é insalvable á la vez, re-

voloteaba la ligera y vaporosa crisálida en torno de una estrella de luz viva y resplandeciente, que por una coincidencia inexplicable despedía al tiempo mismo torrentes de claridad y un fuego abrasador, ardiendo y quemando á la par con su fantástica é inolvidable lumbré, y poniendo en riesgo las lavas y sombrías pero combustibles alas de mi quimérica existencia. Sin embargo, un atractivo irresistible encañaba al fuego la pobre mariposa. Diríase que su destino y su deseo era abrasar sus alas matizadas en aquel disco encendido, á precio de participar un átomo de su ardor. Podría creerse que dotado aquel de inteligencia y de voluntad, desafiaba ó no quería una tan pobre víctima de su abrasadora influencia... Sin embargo, hubo un instante, uno solo, en que parecía haberse hecho una íntima fusión entre los dos seres. Su alma se había identificado: la asimilación era perfecta; la vaporosa crisálida se había abrazado hasta el corazón. El astro luminoso parecía complacerse en su victoria, aceptando aquellos restos inanimados, porque él era su alma, en retribución de la vida que les había inspirado...

Pasaron algunas horas, un día entero, largo como la angustiosa espera que precede á la felicidad, triste como un presentimiento de desgracia, nebuloso como la inmediatez de un eclipse. Al terminar este día la luz se fué alejando, alejando... sus pálidos resplandores me iluminaban con una sinistra frialdad, como se deja ver el sol en las regiones polares, ó bañaba con su mirada de fuego otras tierras mas felices, interponiendo entre ella y yo otros opacos. Continuaba yo sin embargo al amor de su lumbré fascinadora, como la esfinge quiere prolongar su vida de un día al pálido y plateado resplandor de la luna. ¡Ay de mí! aquella líbia luz era el reflejo de una estrella esplendente que no debió volver ya sobre el horizonte. Estaba ya sin saberlo en el crepúsculo vespertino de una noche perdurable. El astro debió sumergirse en el océano de la indiferencia, ó lucir por los antipodas habitadas de otros climas...

Un inesperado sacudimiento, una corriente antimagnética me despertó de improviso.

Pero ¡oh! extraño misterio! mi corazón conserva una huella incandescente, como si la luz simbólica lo hubiese abrazado con su contacto. Las alas negras de mi pobre fantasma, impregnada de una seductora imágen, están salpicadas como las de la mariposa, de manchas color de fuego, y casi cubiertas de la ceniza de una inofensiva combustión. Mi memoria, en la cual está profundamente grabada una representación viva y animada, refleja como la fuente encantada de la fábula la figura de Narciso de gracia y hermosura, un retrato lleno de poesía y de amor, y conserva el timbre de una voz encantadora.

Tú eres la estrella luminosa ¡oh bella máscara! La crisálida soy yo. Las alas mi fantasía. El cuerpo mi corazón. La noche el 20 de febrero. El sueño fué en sus primeras horas. El despertar un día después. La huella de tu fulgido y abrasador contacto es indeleble...

Siempre serás para mi ardiente imaginación el recuerdo vivo de una hora de felicidad inesfáltic. Recuerda alguna vez á quien tú la primera has inspirado una idea de poesía y de sentimiento.—E.

La contestación de esta misiva fué la siguiente:

POÑAS ES VIVIR.

Tres años había que mi vida se desliza en la indiferencia, como la vida de un niño... Durante aquel tiempo jamás un rayo de esperanza brilló en mi desalentada fantasía... El mundo era un yermo para mí, un desierto habitado: los hombres, seres caprichosos que se agrupan en derredor de un objeto que los deslumbraba, para abandonarlo después: sus palabras engañadoras, sus continuas protestas de amor, todo... todo me parecía mentira...

Herido mi corazón de un modo desgarrador, se negaba, como despreciado, al bello, al divino sentimiento del amor. Había perdido por fatiñada un objeto querido, y todos los demás hombres me parecían indignos de depositar en ellos una ternura que por tanto tiempo comprimida no podía menos de desarrollarse con mayor fuerza.

Pero llegó una noche... llegó una noche en la cual yo también sufrí... viéndome cerca de mí un ser estremado y entusiasmado tal en su alma, que rebosaba poesía tierna y agasajada cual ninguna, y hablaba el lenguaje del corazón... pero ¡oh! un corazón virgen, de un corazón que siente por la vez primera, y arrasada por este raudal poético, esta pasión, esta poesía, este entusiasmo derramó en mí ser un bálsamo consolador... Me libré de mi indiferencia, y creí que era aquel el día de la felicidad y el de salir del estado anudado en que mi vida se desliza; para volver á admirar las bellezas de la naturaleza, para volver á sentir la influencia de los ardientes rayos del sol, para gozar, escuchando el sencillo canto del ave que estalla un nuevo día... ¡Cuan qué placer veía en hacerme reproducirse las agostadas flores de mis pasadas ilusiones! ¡Cuan me embriagaba el aromático ambiente de un reciente amor! Pero pasó aquella noche... Al amanecer el nuevo día recordé el bálsamo que había tenido á mis pies, y horrorizán-

domo de mi credulidad me estremeció la idea de las borrascas á que exponía mi pobre corazón... Volví á mi desaliento: se reproducían en la memoria todos los tormentos que sufrí el que ama y no es correspondido... cerré los ojos espantada... al abrirlos, mi mirada volvió á ser indiferente... pero en mi memoria y en mi corazón siempre estarán presentes las primeras horas del 20 de febrero, y el poeta que á la par que inspirado, inspiró sentimientos dulces y apasionados á un corazón joven pero falto de fé.—N.

Si pudiéramos ser indiscretos, revelando la triste y fatal verdad que se oculta en las frases de la última carta, y refiriendo los accidentes de perversidad del asesino de este corazón atribulado y descreído, estamos seguros que los mas sensibles de nuestros lectores harían justicia á una desgracia, inmensa porque es irreparable, deseando como hemos deseado nosotros un momento redimir de su cautiverio de desgracia al mas bello y noble corazón que haya latido en un pecho femenino.

Es posible que muchos hombres saluden con la duda ó respondan con la burla á un asesinato tan culpable. Desgraciados de los que no comprendan que hay tanta impudicia en el que hace traición á un sentimiento noble, como en el homicida por precio ó por cálculo!

Por lo que hace á vosotros, tiernas y dulces almas para quienes es todo el afecto, poca la idea, y nada el interés, estoy seguro que admiraréis el terrible misterio que diatrazó la segunda misiva con la delicadeza de omitir calificaciones duras al alevn autor de su desdicha. Y en cuanto á vosotras, jóvenes sensibles, recordad á propósito de esta anécdota la famosa y fatal sentencia: *No hay mujer desgraciada que no deba á un hombre su infortunio*. Al paso nosotros repetimos: no hay corazón humano que pueda ser feliz si una mano femenina no ha vertido sobre él una gota de la copa avara de su deliciosa simpatía.

L. DE T.

BAUTISTA MONTAUDAN.

CUENTO.

No abandonaré á fé mia estas montañas, dije á la posadera dirigiéndome en su compañía hácia la puerta, sin ver al bueno de M. Dubourg de que me acabais de hablar. Era uno de los mejores amigos de mi padre. Son las siete de la mañana: tres leguas se andan pronto con buen tiempo, y yo puedo disponer de un día sin perjudicar mis intereses. ¿Será una falta imperdonable no detenerme á comer con él pasando por aquí? ¿no es verdad?—Y que no os perdonaría, respondió, pues no pasa día sin que envíe á informarse de vuestra llegada.—Y yo no me perdonaría el haber dejado pasar la ocasión de juzgar de mis predicciones. He profetizado hace cinco años que su hijo Rocalla, que entonces tenía doce años, llegaría á ser uno de las bellezas mas provocativas de la provincia, y desear saber si la morenita de ojos azules me ha hecho mentoso.—Al contrario, exclamó Mad. Gauthier. Desde Besançon á Strasburgo (para Mad. Gauthier era tanto como llegar á los antipodas) no encontraréis quien la iguale, erguida como un palmera y bella como una imágen; pero no vayais á caer en las redes, para volver aquí desesperado, como en tiempos anteriores. A pesar de vuestra gentileza, esta vez quedaríais desahogado á pesar de ternuras y suspiros, porque algunos meses hace que corre voces de su casamiento.

—¡Diablo! diablo, Mad. Gauthier! me tomáis siempre por un muchacho, aunque tengo veintidós años, una fortuna y una posición. ¿Creeis que un abogado en el tribunal de Lons-le-Saulnier se apasiona como un legista ó como un escribiente de procurador?... Tranquilizaos, no querida señora, y mostradme solamente el camino que debo seguir para llegar á la casa de campo de Mr. Dubourg, porque ignorais que estoviera tan cerca de aquí.—No encontraréis ninguna obstáculo en la primera mitad del camino, replicó. No os separéis del sendero abierto en las praderas; á lo largo de ese arroyo sembrado de sauces; pero una vez que hayais llegado al pié de la colina que cierra el valle, os será un poco más difícil: os encontraréis en los bosques de Chastillon que es preciso atravesar para llegar á la quinta, y como estos no son frecuentados mas que por los leñadores que han trazado en sus entradas y salidas muchos caminos que se cruzan, y en los que los habitantes de aquel país se estravian algunas veces; pero no faltan chozas y barracas á la falda del monte: no leáis mas que dar un silbido para proporcionaros un guía.

Bien penetrado de estas útiles instrucciones, saludé á mi huésped con la mano, y emprendí mi marcha y avanzaba haciendo tiradas para el primer acto de mi tragedia, con la deliciosa é inmensa pre-ocupación de un hombre que se deleita en sus versos. De esta manera me encontraba muy lejos, al cabo de una hora, del pequeño sendero bien abierto que corre en los prados á lo largo de un arroyo ornado de sauces, y fui muy dichoso para volver á encontrar mi dirección.

que la colina no la hubiese dado el capricho, á la verdad bastante extraño, de inocular su asiento.

Después de haber costado largo tiempo la falda del monte, como decía Mad. Gauthier, siguiendo indótilmente una espesura tan compacta, que con trabajo hubiera podido traspasar una liebre perseguida por los perros, se presentó á mi vista una casita blanca, es decir, recientemente blanqueada, situada á espaldas del monte y coronada por el follaje, y alrededor de la cual formase un cuadro de empalizada de entramada muy cerrada de la que pendían por todas partes verdés pámpanos, flotantes guirroaldas de campanilla y de flores silvestres, y ramos de zarza rosa cargados de flores: di algunos pasos y llegaba á la entrada de este lindo y pequeño reducto, que no parecía á propósito para contener más que dos ó tres personas. En la punta de un banco junto á la puerta de la casita, á la altura de un escalón ó dos por encima del hogar estaba un joven sentado. Tuve tiempo de contemplarle á mi gusto, porque él no advertía mi presencia. Estaba probablemente demasiado preocupado para advertir mi presencia. No puedo explicar lo que en este joven escité repentinamente mi curiosidad, mi interés, mi afección. Yo no tengo ideas romancescas; pero

el lugar, las circunstancias, la persona sobre todo escitaron en mi una multitud de ideas melancólicamente poéticas, de las que yo temía impregnar mi composición. Concluí sin embargo por tomar un placer muy vivo en esta contemplación, y saborearle en silencio. Este joven, tan absorto en sus pensamientos que el ruido que yo hice al aproximarme á él, no habla podido distraerle ni un momento, era bello como una de esas figuras con que se sueña cuando se entregá uno al reposo después de una buena acción y del sueño del hombre honrado (són los dos únicos modos de ser dichoso que conozco), me parecía delicado y aun débil y sin embargo su bello y simpático semblante que circundaba una espesa y rubia cabellera perfectamente rizada, no se oponía á la expresión de una naturaleza varonil. A través de la suave dulzura de estas facciones lánguidas se distinguían los caracteres de una meditación habitual y de una profunda resolución. Esto me admiró.

—¿Qué! decía yo para mí, ¿vigilancias con tu sencillo corazón las ventajas de que te priva las ciegas reparticiones de la fortuna? ¿Sentirías el derecho que ella te ha arrebatado de tomar una parte activa en las agitaciones de la multitud, de atraerla por el amor ó someterla por la fuerza irresistible del genio? Dios te libre, continué aproximán-



(Bautista Montauban.)

domé, porque yo le amaba. Permanece siempre benévolo y puro como ahora con tu inútil fuerza; goza de tu soledad, y deja á los ridículos tiranos del viejo mundo el absurdo imperio que ejercen hace tantos siglos.

El joven volvió sus ojos hacia mí, y me miró de hito en hito, mientras que yo le saludaba; hizo un movimiento para levantarse, y yo se lo impedí, porque me había parecido que estaba enfermo.

—Os pido mil péroones, amigo, por haber interrumpido el curso de vuestras meditaciones; ¡las ilusiones son tan bellas á vuestra edad! ¿Podrías indicarme sin molestaros el camino del bosque que conduce á la casa de Mr. Dubourg? Esta no debe estar muy lejos de aquí. Me miró otra vez; pero su fisonomía había pasado súbitamente de la expresión de una benevolencia tímida á la de la inquietud y el espanto. Sin embargo se puso á reflexionar.

—La casa de Mr. Dubourg! respondió por último como si tratara de evocar algunos recuerdos confusos. ¿Dubourg? ¿Mr. Dubourg? ¡la casa de Mr. Dubourg?... ¡Ah! ¡ah! continuó riéndose, en otro tiempo existía una bonita casa que tenía este nombre, en la que yo he habitado cuando era niño. Por primera vez vi en ella unos ángeles que

habían tomado la figura de mujeres, flores de todas las estaciones, pájaros en sus árboles... Pero no era este mundo.

En seguida dejando caer su cabeza sobre la mano, se olvidó de que yo estaba allí. Comprendí entonces que era idiota ó inocente, según el lenguaje del país. Maravillosa sociedad la nuestra, en la que estas dos seres privilegiados, el que es inofensivo y el que vive acaso rechazado con desprecio hasta los límites de la civilización, como los pobres niños muertos sin bautismo. En el momento una puerta se abrió cerca de mí, y apareció en ella una mujer de cincuenta años, que estaba mejor vestida que lo están ordinariamente las aldeanas.

—Que es eso, Bautista! recibis á un viajero sin apresuráros á ofrecerle leche y frutas, y conceder á nuestra pobre morada el honor de procurarle un poco de sombra y descanso? Ah señores! exclamó, no le riñais! no hace todavía un minuto que estoy á su lado, y su encuentro me ha conmovido de tal manera que no me se olvidará jamás.

Bautista no había oído á su madre, ensimismado de nuevo en sus meditaciones. Sus brazos estaban cruzados, su cabeza inclinada sobre el pecho, y murmurando algunas palabras que yo no pude comprender.

(Continuará.)

JUSTA Y RUFINA.

RELACIONES

por Fernán Caballero.

CAPÍTULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso sin cuidarse de la sonda que le trazan los cálculos de los hombres, siendo por lo regular lógica aquella á los ojos de estos, porque así lo ha dispuesto aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres, á los que no ha óido mas luz en cuanto á lo que á él pertenece que la fé, mas guía que sus preceptos, ni mas punto de apoyo para no extraviarse que la sumisión, una de las inteligencias inocentes, hecho de desconfianza de las trabajadas. El bueno padece, el malo prospera: no hay que extrañarlo; Dios no hizo las felicidades terrestres ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situación, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas: en aquellas se muestra mas severo maestro y señor; en estas mas dulce guía y consolador, padre siempre, siempre juez.

Así nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer que actúan en los eventos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlazamiento fatal de los negocios mercantiles, vió su millonaria casa arruinada, y murió de resultas de la pasión de ánimo que esta inmerecida é imprevista desgracia produjo en él. Justa, fielmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido, puesele había tenido el merito poco comun de apreciar en cuanto valia á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de razón que en su día había de llevar al cielo para como la gola de rocío que absorbe el sol sin salir del cáliz de la rosa en la que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivía Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distracción y su consuelo era educar á su hijo Bruno, lo que hacia con el esmero, cariño y santos ejemplos con los que había sido educada ella por su madre.

La educación puede combatir é domar una mala naturaleza; trasformarla de mala en buena solo lo puede la gracia. La educación puede á no dudarlo, aun sin valerse de mas móvil que la vergüenza, esa hija de dignero, lo solo que trajo del paraíso que perdió, hacer desaparecer los vicios groseros é humillantes; pero no hará nunca espontáneamente las virtudes, que á duras penas se inclinan. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca; por lo que no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno sino en la vida de los santos. Así era que Bruno, que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenia también, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoísta y áspero de su madre, había amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente direccion de Justa; á falta de dulzura, tenia una calma y dignidad que no era fácil perturbar; no era benévola, pero sostenidamente servicial cuando se la ocupaba; siempre sobre sí, ni tenia ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impulsó á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, mas su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentia mas orgullo que dicha en tener por madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una aureola de respeto, de simpatías y de admiración. La fama de que gozaba su madre era una honra de que ya disfrutaba en vida, y queria traspasar ésta á sus hijos.

Con este bien guiso orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus padres la dejó imposible, y halló una secreta satisfacción de orgullo en trabajar oculta y misteriosamente por estipendio para procurar á su madre algunas de aquellas superfluidades de lujo de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenia Bruno su virtud en mucho, y le había labrado con la misteriosa un atrinchero de laberinto; y de esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas déramente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es la mayor parte de esas personas que se creen señoras de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno al que deben su virtud. Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno; pero son pocas; y la prueba lo es la creación de la palabra *desenfreno*, que como baldón se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenia Rufina el atrevimiento de venir en casa de Justa, porque en aquel corazón, en el que palpitaba miel en lugar de sangre, existió el único amor é instinto que cabe en el del tigre, el apego á su procreatura. Justa no tenia el suficiente carácter para prohibir á esa mujer la entrada en su casa, pues no podia dejar de mirar en ella la compañera de su infancia, la niña que crió y tanto quiso su madre.

En estas visitas la suave Justa veía con extrañeza el fugitivo pero vehementemente cariño que la fría y áspera Rufina demostraba á Bruno, la que repulsaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las malicias poco favorables que de Rufina tenia.

—No puedo sufrir á esa mujer, solia decir á su madre.—No dignases, hija mia, contestaba Justa; no se debe abrigar nunca, y en tu edad menos, sentimientos de odio ni hostilidad contra nadie. La hostilidad es una mala semilla que echada en profundas raíces, y alaga en su germen los buenos y benévolos sentimientos en el corazón, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia: y acuérdate que dice Casanubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos; y sobre todo, hija mia, convéncete que la benévola es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazón.

¿Pero qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y deliada hija de Justa, infeliz víctima de los incógnitos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, los que como una lepra trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y amparada! El angelito, desde pequeña siempre encerrada sola en la habitación en que poco para su madre, nada había aprendido, nada había visto, nada comprendía, y caminaba como otro Gaspar Hauser hacia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una fuerte hipocondría, un mustio decalimiento, reemplazaban en la pobre criatura aquella expansión, aquella alegría, aquella locacidad y conciencia movilidad que tan naturales y simpáticas son á la infancia.

Á los trece años una grave enfermedad que tuvo estrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistencia, á lo que esta no se pudo negar so pena de promover un escándalo.

Entonces esta buena cristiana, mientras cual María asistía á los males, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte y le enseñó á creer, á amar y á esperar. Como la religión es ayuda de todos los que la conocen, pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio, el ángel doliente de alma y cuerpo recibió con lágrimas de amor, gratitud é entusiasmo aquella religion que le decía: los que lloran serán consolados.

Piedad se apegó como es de suponer con ternura á aquella buena anciana, á quien la religion que le enseñaba había aliviado el lecho de dolor, del que bula la impía fiera que se había hecho cargo de ella. Así sucedía que, cuando llegaba la noche y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazón de la niña que con tanta ternura y expansión se había abierto al amor, sentia profundamente esta separación; además la pobre niña tenia á su madre, tenia á la noche, tenia á la soledad, á la oscuridad; entonces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándole esta oración:

A cesarme voy

Sola sin compañía,

La Virgen María

Esta junta mi cama;

Me dice de cuando:

Mi niña reposa

Y no tengas miedo

De ninguna cruz.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada en su alma y en su cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, el buen alimento que le suministraba, del que nunca había gustado (ni verdugo, desconvolvió en su atrevida naturaleza. Había crecido; su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva savia de vida. Su razón despejada llegó á comprender cuanto sufrir por Dios era complacerle y obligarle; sus ojos antes inertes, entupidos, y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazón, se levantaban hacia el cielo puro y celeste con alientos; alzaba confiado su cabeza que ya no alumbraba su corona de espigas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devoción sobre su pecho. Oh! si entonces hubiese podido verla Justa, habría exclamado estrechándola sobre su corazón de madre: esta es mi hija!

Mas entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre la nácar y la perla!

Por entonces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á espantar aun mas el atarbillario (1) carácter de la fiera que la infeliz Piedad creía ser su madre. La brillante suerte que había querido proporcionar á su hijo se había destruido; el amparo que aguardando el tiempo había contado hallar para el propio, iniciando á su

(1) Este palabra no se halla en el diccionario de la Academia, pero sí en el de D. Bartolomé Correas.

hija en el secreto de su existencia, había fallado; por manera que de su malvada combinacion solo le quedaba el placer de la venganza que en su inocente víctima ampliamente ejercia.

(Continuara.)

A MIS PADRES

los Sres. D. Antonino Garcia y Dona Rainunda Escobar,

EN PRENSA DE GORDIAL CARIÑO, SU

Calitua.

Dedicatoria.

¡Looio Dios, que al fin y postre cada cual puede dar á la estampa lo que le viene en mientes! Merced á tan suspirada ventura, saco á luz esta breve crónica, que ha estado tan guardada como recoleta novicia durante largos y no bien bolgados dias. Corrian malos tiempos para el pensamiento, y andaba la verdad escrita mohina asaz y asondereada en pecadoras y desatinadas manos. ¡Como que el echar á vuelo en letras de molde tal cual donaire del ingenio, era una formidable aventura, que solia costar sendas y azarosas culias. Ni era cosa de haber-noslas mano á mano con los guardianes de la *pravia censura* en descomunai y temeraria batalla. ¡Poder de Dios, y qué corcobos y aspavientos habieran hecho sus honestísimas señorías con ciertos parágrafos de un mal perfeñado cuento! Y cuento que nada tiene de pecaminoso ni así intencionado. Hay en él únicamente acentos de libertad y de amor patrio; estigmatas contra una tiranía anti nacional; hay en suma un recuerdo santo para la mejor demanda de los pueblos; más como todo ello ha sido antaño caso de Inquisición, hasta y sobra para que los consehidos y suzochitos hubieran mandado tañer á rebato, y perdido del herrinche la gana de comer. Bien que para algo percibizan el *por cuanto vos*. Aínda más que en ello desempeñaban su rómada aunque no recomendable tesna. De saber es por otra parte que tales pesquisadores del ajeno imagin, al simi de los familiares del Santo Oficio, suelen ser gentes que sueñan despiertas, aunque no tengan todo lo de Marín. De juro hay entre ellos alguno tan equívoco de nervios, que se da al diablo con esta verbiage, hacer menuda y espitatoria notomia, y volverle á mis manos á punto de no reconocerle el padre que lo engendró. Y esto era regalo de Pasqua. Pues si al atrábilisrio señor antojábasele los dedos huespedos, y denáme á secas y san doctor, uno há lugar, y habria impudado un ardite tener mucha razón contra tal sin razón, y el libro quedarase como el alma de Garibay. — Pero Dios, mejorando las horas, quiso que al traste diéramos con los follo-nes y malandriñas que á tan mal extremo traído hablan las franquicias á inhumanidades de este hidalgo país. Ya la mano de hierro no cultivia la fecunda péñola, y yace por tierra la compresá que cerrar mentara el paso á los raudales de la inspiración. Y los menguados que soñaban en su desvanecimiento poner coto á los vuelos del espíritu, y atajar el paso á la humanidad, de caida van molidos y maltrechos por los caminos de la vergüenza y del desengaño. Cómpleme, por ende, quitar el polvo á mis carlapacios, y destiñáms, padres míos, el presente romance y como membranza íntima, como jurada y fúansa notoria de nuestro cordial y dulcísimo cariño.

Medina de Rioseco, diciembre de 1854.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NÓVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

INSÓNIDO.

La noche cubre con su manto de hielo los lejanos confines del horizonte. Un cierto desolador ruge sobre la fax de los marchitos campos, y á su desigual impulso resbalan por el espacio informes grupos de opacas nubes, dejando apenas entre sus volubiles pliegues descubrir un momento la pálida y fugitiva luz de alguna estrella perdida en la inmensidad de las sombras. Los árboles despojados del fastuoso ropaje brujan con desapacible rumor; y á su violenta oscilacion las aereocúrculas gurecidas en las húmedas copas se lanzan al viento exhuyendo

fatídicos y estridentes graznidos. Un silencio como el de los sepulcros adormece á la inerte naturaleza; y este reposo es turbado solamente por los mugidos vagabondos del sapo boreal, y por el grito pausado y soñoliento del soldado que vela sobre las murallas de una ciudad, cuya indecisa mole se destaca apenas en el fondo tenebroso de aquel cuadro sin vida ni color. Un punto luminoso reverbera no obstante en el seno de las tinieblas, y hace que la polacion se asemeje á un círculo descansando en el centro del caos, y que vela por su propia seguridad con su ojo radiante cual el foco de una hoguera incalculable.

Si algun curioso se aproximase á indagar la causa de este efecto, hallaria que aquella ráfaga de tibia luz exhalase por cierta ventana espaciosa, cuyos adornos arquitectónicos de un gótico degenerado quiebran en caprichosos recortes la difusa perspectiva, á través de la cual cruza de cuando en cuando una sombra, que perfila sus contornos indeterminados sobre los pintados vidrios de la bastarda ojiva. A veces su marcha es lenta y acompasada; otras es rápida y desigual, como la de los celajes que pasan por delante de la luna llevados en alas del vendabal. Ya sus perfiles se marcan energicamente; ya luego se presentan obtusos y desvanecidos, al modo que en la cortina fantasmagórica los espectros dibujados por la linterna de la cámara. Súbito ruedan sobre sus ligeras goznes las transparentes vidrieras, y aparece en el alfilerar una forma blanca, que exhalia profundísimo suspiro, cual si fuese el fantasma evocado de la tumba, para buscar en la tierra consuelos á su inñnita pobreza. Y luego anunciarán en el aura inquieta frases incoherentes, amargas y confusas palabras, que se pierden rápidas sin vibracion y sin eco.

— ¡Ay!... murmura la tristísima sombra, esta es la dulce, esta es el delirio del alma, la agonía del corazón!...

Y llevándose arrebataada sus manos á la frente, se aparta de la ventana con brusco ademán, y sus inciertos pasos la llevan á caer sobre un espacioso sillón, donde queda abismada é inerte, cual un cadáver en el sepulcro.

Todo vuelve á quedar tranquilo y silencioso en aquella opulenta estancia. Solamente el ruido del viento agitado por lo exterior y rompiéndose en los intersticios de los batientes de la galeria, formaba una especie de gemido penoso y melancólico, que patoca el eco de la dolorosa respiracion que antebastamente exhaló de su pecho la triste dama en su hondo y amargo deliquio.

¡Oh!... Si pudiérais ver como yo su bellísima forma abandonada en el mullido asiento, como la imágen del dolor, causarais sin duda fastidiosa grande contemplar tan mal parada hermosura, tan pesadora y abatida juventud. Fria apenas la cuitada en los veintitrimo años; el perfil de su fisonomía es limpio, severo y arrogante, como el de una estatua griega. Bajo su frente, surrada por ciertas líneas características del orgullo, brillan unos ojos de azul clarísimo, en los que es un observador sentimental buscara en vano la pura transparencia y viva ráfaga, que son la revelacion segura de un alma angélica y elevada. Una blancura casi mate se estiendo por los contornos frios de aquel misterioso semblante, al modo de un velo de encaje sobre el mármol de Carrara humanizado bajo el cincel de Berruguete. Es una belleza estraña, que reúne á la morbidez ática la energía, casi la feroz y arrebatada de las mujeres meridionales; es una belleza, en fin; pero hay en ella algo de imponente y sombrío, que no es posible adivinar ni delirar. En medio del silencio de la noche y de una profunda soledad, sumergida en la penumbra fantástica de aquella lámpara vacilante, y rodeada de admirable fiastro, parece acaso una de esas magas, que en altizares encantados esperaban antaño en letárgica molida la llegada de algun paladín á quien prender con amorosos engaños, para convertirle después en misero juguete de sus malas artes y destructoras pasiones.

Recóbrase empero paulatinamente, arroja en torno una mirada abstraída y sinistra, y levantándose con lentitud, empieza á diverjar por la habitacion, cual dominada por pensamiento intensísimo y hablando sus ardientes ideas en confusas y desacompañadas palabras, que se sñogan en la flameca tapiceria del suntuoso camarín.

— ¡Es imposible mas!... este suplicio va minando mi existencia, y no quiero morir con toda la amargura dentro de mi corazón. ¡Ah!... ¿por qué el fiasco me arroja en tan infausto camino?...

Y después de algunos instantes de pausa, torna al pároxiemo de su pesar.

— Lo conozco, murmura con reconcentrada exarcebacion; la úlcera abierta en mi alma ha empozoñado todas las fuentes del sentimiento... y ya no creo, ni espero, sino en la tremenda inspiracion del mal. Es preciso acabar de una vez... y pronto, pronto, por Dios!... He sufrido mucho!... un año de continua lucha, de tenaces y atroces sensaciones, de formidable y hondísima tempestad me lleva al borde del abismo... y voy á precipitarme en él... Ya no duño ni tiemblo. Penosa, cruel há sido mi resolucion... pero irrevocable. Y vos, vos, D. Pedro Girón, el fementido amante, el dulce menguado!... ya venis lo que es la quidces de Múdca, la primera Rica-fembra de los reinos! Vos!... que

loco y desvanecido osásteis vender mi cañño al de otra mujer... porque se titula infanta de Castilla... porque está en la cumbre de la majestad humana!... ¡Traidor mil veces! Oh! este pensamiento subleva hasta el último aliento de mi alma, y hace estallar la sangre de mis arterias!... Pues bien, lucharemos á todo trance. ¿Qué me importa que sea hija de la gobernadora del Estado y nieta de cien reyes?... Mi corazón es mas grande que su reino; mi voluntad mas fuerte que su poder. ¡Mal nacido caballero! ¿Es ella, por ventura, mas ilustre, mas hermosa, mas apasionada que yo?... Mentira, mentira mil veces! Y sin embargo me pospusisteis á ella... me humillásteis como mujer y como amante!... Ah!... Si yo tuviera la culpa, ni á mi misma me perdonaría jamás. No, no hay piedad para nadie. Ni para ella, ni para vos, ni para mí.

Arrojando en pos con súbita transición una carcajada sonora é histérica, se desplomó sobre el descompuesto y solitario lecho. La temblorosa luz, que iluminaba débilmente la estancia, se estinguió como al soplo de un espectro, y el reló del vecino convento exhaló una nota sorda y melancólica, que el abregó sofocó entre sus voraces y estridentes alas.

(Continuará.)

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

VII.

Cuando el rey de Granada victorioso, ya satisfecha su tremenda saña, al ocultar el sol su ardiente disco, elevó de la tarde la plegaria, cesar mandó la bárbara tarea y convocar las turbas desbandadas. Algunos adalides castellanos, que en medio del tumulto y la algazara á la encumbrada cuna de la peña trepar lograron, cuando ya ocultaban, estendidas las sombras de la noche, tanta desolacion, desdicha tanta, viendo que los cansados enemigos en las lejanas tiendas reposaban, á la villa bajaron silenciosos, y al recorrer sus calles solitarias hallaron á Fernando de Padilla en lucha estéril por mover la planta. De encontrarle con vida complacidos en los robustos brazos le levantan, y llévanle al recinto de la peña y en escondido seno le resguardan.

Cuandó por el campamento que el de Algeciras guardaba de gentileza un portentoso en una donosa esclava, y que de inquietudes lleno es tal su desconfianza, que de su tienda en el seno nadie penetrar alcanza.

Tales hechos referidos de uno en otro camarada, llegaron á los oídos del monarca de Granada.

Y llamando al jóven moro díjole en tono severo: «muestrame el rico tesoro que guardas con tanto esmero.»

De su semblante el color tornóse encendida grana, y dijo: es verdad, señor, que allí tengo una cristiana.

Mas por justa ley conservo tesoro que tanto estimo: advierte que eres mi siervo y mal mi enojo reprimo.»

«En ley de guerra me fundo, mi espada la conquistó. No sé quien haya en el mundo con mas derecho que yo.»

«Mas tambien debes saber, pues tan altivo te halló, que callar y obedecer es lo que cumple al vasallo.

Y no esperes que ahora fuerza mi voluntad soberana: mia, de grado ó por fuerza, ha de ser esa cristiana.

Con los deudos de Nazar mi destronado enemigo puedes en Guadix hallar independencia y abrigo.»

Ofendido el sarraceno con tan injusto sonrojo, volvió las espaldas, lleno de mal encubierto enojo.

A pocos instantes iba, por fiel escolta guardada, la arrebatada cautiva hácia la régia Granada.

Creyendo el rey advertido que si allí permanecía aquel mancebo atrevido recobrarla intentaría;

Que en el ejército cuenta con amigos y secuaces, y de una empresa violenta presume que són capaces.

De oscura tienda en el espacio estrecho, que á largos pasos sin cesar cruzaba, de amarga pena combatido el pecho, Ismael impaciente se agitaba: hácia aquella cristiana caudorosa, que libertó su espada victoriosa, sienta nacer desconocida llama, puro afecto profundo, que el lastimado corazón le inflama. Otra que se la roba la voluntad de un déspota iracundo con la convulsa mano acaricia la corva cimitarra, cual herido leon, que busca en vano donde clavar la poderosa garra. Al fin tanta fatiga la torva frente á rechinar le obliga. Pero el amigo sueño su negro afán no ahuyenta, ni su intensa amargura, que entonces á su mente se presenta fantástica vision que le tortura. Creyó ver al monarca de Granada, que los impuros brazos dirigía á la cristiana amada, en tanto que una sombra rauda cruzando la región vacía, fija en él la mirada, con irritado acento repetía: «¿lé que ha de vivir Leonor segura de todo ultraje y de villana afrenta. Quien así lo promete y te lo jura régios blasones en su escudo ostentá.» Ante el fantasma horrendo, á aquella voz sonora que le espanta sudoroso despierta y se levanta; lleva la mano al corazón, sintiendo su violento latir, y ronco grito trémulo da, diciendo: «O morir ó matar! así está escrito.»

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La rosa despidie un olor suave y balsámico.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alambra.